

ENCUENTRO DE DOS SABIOS: SER INDÍGENA EN EL LLANO DEL PRÓXIMO MILENIO.

MARÍA EUGENIA ROMERO MORENO

*A las familias Catimay y LImejé de Morichito (Casanare),
Gaitán, de PLinas y Abaribá; Cantanay y Martínez en
Humapo (Meta); a CasiWo Yepes y a Juan Bautista
Mariño.*

A Berichá Aguablanca en Cubará (Boyacá)



Káua disparando con la cerbatana. Río Aiary
Foto - Koch-Grünberg

Preámbulo: Historia y región

La llanura orinoquense colombiana cobra cada día un papel más importante en el ámbito nacional e internacional, no solamente por la existencia de reservas de recursos naturales como el gas y el petróleo así como empresas agroindustriales, sino por su recurso de paisajes y ambientes promisorios para el establecimiento de centros de población tanto urbana como rural. Por otra parte, incipientemente ya parece tomar cuerno un interés y necesidad de las comunidades y de la sociedad en general por ocupar y relacionarse con el espacio en una forma adecuada al medio con empresas de educación ecológica, turismo científico y ecológico así como con explotaciones biodesarrolladas como la piscicultura, la cría de especies nativas, la silvicultura, entre otras. Sin embargo, los esfuerzos para estos intereses no parecen suficientes; la ecología tal y como toma forma en la región y en el país, por supuesto- aún pertenece a un discurso y no desempeña un efecto real y cotidiano en la sociedad y en los grupos sociales.

La región orinoquense, como tal, ejerce un significativo papel en razón de su localización en la parte septentrional de América del Sur ¹ y es bien seguro que en épocas prehispánicas fue lugar de paso de poblaciones procedentes del Amazonas y viceversa así como de los Llanos Occidentales de Venezuela. Debe recordarse, por ejemplo, la migración de grupos Arauquinoídes migrantes de los Llanos del Orinoco de Venezuela, portadores de tradiciones como la elaboración de cerámica. (Zucchi, Alberta, 1968).

Más recientemente, durante el siglo XIX tuvo lugar una amplia migración de población procedente de Venezuela que se instaló en pueblos ribereños del llano metense, araucano y casanareño.

Las visiones promisorias sobre la región ya las habían propuesto viajeros como A. Humboldt (1846) y Felipe Pérez (1862) entre otros, en el siglo XIX mientras que gobernantes como Rafael Reyes (1905) y Alfonso López Pumarejo (1936) trataron de poner en práctica diversas estrategias como explotaciones productivas la construcción de vías, la colonización dirigida, la adjudicación de baldíos, estudios de diversa índole y la creación de asentamientos

A pesar de algunos esfuerzos ya realizados, solamente en el futuro se podrán ver grandes y mejores acciones para el bienestar y el nivel de vida de sus habitantes. En la Orinoquia existe en la actualidad el crisol de una sociedad nueva como proceso económico, social y étnico en curso.



Curandero indígena con pinturas rituales hechas con el achiote (Bixa orellana). El sombrero y el traje "occidental" muestran el sincretismo entre dos culturas.

Foto: Fernando Urbina

En la historia de la región orinoquense es posible identificar elementos comunes con la historia de otras regiones de "frontera" como Urabá y Amázonía, entre otras en donde a través de constantes movimientos político-sociales se han dado etapas específicas a saber: la conquista, la esclavitud, la aniquilación y desplazamiento de las etnias indígenas, el adoctrinamiento por parte de las misiones, los ciclos de explotación de quina, caucho, animales y pieles de animales, fibras, resinas y más recientemente el auge de la producción de estupefacientes como la pasta de coca y la cocaína. Ello ha dado lugar a una sociedad con unas relaciones determinadas dentro de ella misma y hacia afuera, donde

"las relaciones socio-políticas dentro de las cuales avanzan estas tendencias, favorecen procesos de concentración de la propiedad por medios violentos, lo cual no ha hecho cosa distinta que reproducir y ampliar los escenarios de conflicto interno. Estas condiciones afectan, necesariamente las perspectivas de la región y, dado su significado es indispensable prever un desarrollo más armónico de la misma." (Fajardo, Darío, 1997).

Conflictos económicos y sociales característicos, del siglo XX en la región han dejado como resultado grupos humanos empobrecidos que habitan los tugurios de ciudades y pequeños pueblos además de colonos y campesinos trashumantes, sin tierra, desplazados debido a conflictos con la propiedad y al tipo. de explotación del medio, además como resultado de las características que han tomado las relaciones productivas, han tenido que acudir a la "migración de retorno esto es, a abandonar sabanas, selvas y conucos que construyeron y ocuparon hace 15 ó más años.

"Los conflictos desatados en buena parte de nuestra Orinoquia, resultantes del traslado hacia su interior de las problemáticas derivadas de la concentración de la propiedad, del aprovechamiento inadecuado de los recursos naturales, de la pobreza y la exclusión, han resultado en la extensión

hacia ella de los escenarios del narcotráfico y de la guerra asociada con él de una u otra forma."(Fajardo, op. cit.).

Los grupos indígenas no han sido ajenos a la historia reciente en la Orinoquia: afectados por la ocupación de su territorio ancestral en sabanas y matas de monte hubieron de plegarse unos a las instituciones de la misión, la hacienda y el ható; otros buscaron más al oriente y al sur refugio en selvas y sabanas adquiriendo recientemente el derecho a Resguardos y Reservas. Al escribir la historia del siglo XX en la Orinoquia deberá afirmarse que ésta se caracterizó por los conflictos políticos y sociales derivados de las relaciones productivas en el interior del país que llevó a una amplia migración de población desde finales de los años 1950 hasta 1960 durante la etapa conocida como "la guerra" y, por un continuo conflicto social, político y militar entre actores del narcotráfico, el paramilitarismo, la guerrilla y miembros de las instituciones del gobierno, donde la población civil integrada por campesinos, colonos, comerciantes, agricultores, ganaderos e indígenas entre otros- se encontró entre el fuego cruzado.



Foto de una antigua maloca del alto Río Negro
tomada por el etnólogo Theodor Koch - Grünberg

En el futuro próximo es deseable que los esfuerzos de investigación sociológica, geográfica, antropológica, etnológica, histórica y etnográfica se desarrollen ampliamente para ser divulgados entre sus coterráneos y que de esta manera el saber científico acumulado cumpla el papel de la ciencia: diseminar y profundizar el conocimiento. Para ello el hombre orinoquense y llanero del siglo XXI se apoderará de lo mejor de la tecnología para conocer, reproducir y ampliar este acervo social y cultural, compartirlo en su región y con los habitantes de otras áreas del país.

El espíritu del próximo milenio abre compuertas para establecer y desarrollar mecanismos de ampliación y divulgación del conocimiento adquirido en diversas ramas del saber: la etnología, la etnohistoria, la arqueología, la literatura oral, el folclor, la ecología, la geografía y la historia.

Es importante señalar que en el contexto del desarrollo institucional la creación de centros académicos regionales en la Orinoquia es bien reciente; la Universidad Tecnológica de los Llanos Orientales.-Unillano se creó en 1976; en la década de los años 80 le siguieron la organización de instituciones como Córpometa y los programas de educación a distancia de diversos centros como la Universidad Santo Tomás y la Escuela Superior de Administración Pública -ESAP-, entre otras. La Universidad de la Amazonia en Florencia fue creada en 1982 y el Instituto de Investigaciones Amazónicas Imani, en 1984. Existen todas la posibilidades de dar estructura y acogida a esfuerzos de investigación que permitan desarrollar, divulgar y compartir el conocimiento sobre la región.

¿ Quiénes son ellos?

Los grupos indígenas de la Orinoquia han utilizado tradicionalmente los nichos ecológicos o biomas de manera alternativa. Estos grupos, ligados estrechamente al medio natural, mantienen una relación directa con los elementos que le proporcionan al hombre los medios de subsistencia, elementos que deben ser aprovechados en forma racional manteniendo el equilibrio que permita la supervivencia

Los grupos étnicos llanero-colono y las distintas etnias de ascendencia aborígena, a saber: Achagua, Amorúa, Chiricoa, Cuiva, Curripaco, Guahibo-Sikuani, Guayabero, Macaguane, Maciguare, Piapoco, Piaroa, Sáliba, U'wa (Tunebo) y Yaruro, son los grupos que ocupan la región orinoquense. Actualmente estas etnias, en su mayor parte, acusan graves y preocupantes situaciones de deterioro físico y cultural y escasos niveles de bienestar en su vida cotidiana; viven el arrebato e invasión de los territorios ancestrales y la crisis en la identidad y organización política. Aún los grupos aborígenes son vistos con una actitud generalizada de superioridad por parte de la sociedad nacional que -desafortunadamente- ya en el siglo XXI, no ha cambiado.

Las formas "antiguas" esto es, coloniales- de dominación: esclavitud, vasallaje, servidumbre, endeude, adoctrinamiento, han sido sustituidas por otras; algunas de ellas permanecen; entre éstas, por ejemplo, el endeude, la servidumbre, el clientelismo y el adoctrinamiento religioso y político.

Las estructuras sociales y económicas fueron cambiando con el tiempo y algunas de ellas sabemos que desaparecieron; pero desconocemos si las etnias actuales han sustituido totalmente los objetos de intercambio intertribal e interétnico por otros; si se dan intercambios ceremoniales, ajustados a nuevas realidades religiosas; o si, por ejemplo, las cadenas productoras de curare, barbasco, caraño, objetos de fibra, canastos, ralladores de yuca, achiote, pescado seco para no citar sino unos pocos artículos aún perviven. Es cierto que han adoptado un amplio número de objetos y alimentos de la sociedad occidental.

¹ Se anota que es más o menos a comienzos de la década de los años 1980 cuando comienza a aparecer en la literatura sobre la región la denominación "Orinoquia - región orinoquense"; antes más bien denominada "los llanos o el llano"

Poco se conoce respecto a la dinámica social del mestizaje entre miembros de grupos étnicos y de estos con individuos de la sociedad de los "blancos". La evidencia histórica de los grupos étnicos llaneros señala que prácticamente ningún grupo habita en la actualidad sus territorios ancestrales y que difícilmente en algunos de ellos con los Achagua por ejemplo, sería posible reconstruir una historia de origen debido a la conversión religiosa impositiva que han vivido. Con otros como los Sáliba, Piaroa, Cuiva o subgrupos Sikuani-Guahibo aún sería posible generar y emprender dichos procesos de autodeterminación.

Los desarrollos de construcción social en las etnias indígenas manifiestan la consolidación de nuevos grupos mestizos o llaneros. Por ejemplo, son muy claras las condiciones de aculturación con situaciones de bilingüismo y biculturalismo, en las que aún se distinguen componentes de la vida social y la cultura, las costumbres, los ritos, la artesanía, la toponimia regional y local, el folclore y los modos de vida. Mientras ello sucede, existen otros grupos que no aceptan tan fácilmente la adopción de nuevas costumbres y hábitos de vida.

Sin embargo, continúan los procesos y las relaciones para la construcción social, dinámica y acelerada en los diversos espacios geográficos de la región orinoquense; allí podrán desarrollarse otras actividades sociales y productivas de grupos y comunidades para continuar adaptando y construyendo a partir de su pasado y de su experiencia en sus relaciones con “los blancos y racionales”- la reproducción de su propia vida e historia social.

“En la confluencia del Camejý del Orinoco se descargan los bagajes, y los indios, familiarizados con todos los escollos del raudal, conducen la piragua hasta la embocadura del Toparo, donde ya el peligro se considera pasado... Cada una de las rocas que forman los escaños del Raudal se conoce con un nombre particular: Uirapuri, Suripamana, Avagurí, Jaariven...” Alejandro von Humboldt. Viaje a las regiones equinociales. (1846, pg. 228).

Introito

Antonio Umejé, Sáliba de Orocué, conocía las riberas del Meta como la palma de su mano, eran tantas las veces que había hecho ese viaje desde niño con su padre Ramón, en curiara a vela desde Orocué hasta el Casanare y aún más allá del Meta y del Orinoco, hasta cerca de Caicara donde vivían sus parientes Joropa, del grupo Sáliba; también había ido hasta Puerto Lucera frente a Puerto Ayacucho a visitar a sus tíos Yaguidua por parte de madre; pero para subir a Puerto Lucera tocaba llegar a Casuarito, pasar a Puerto Ayacucho y dar la vuelta por Venezuela pues los raudales no dejaban navegar.

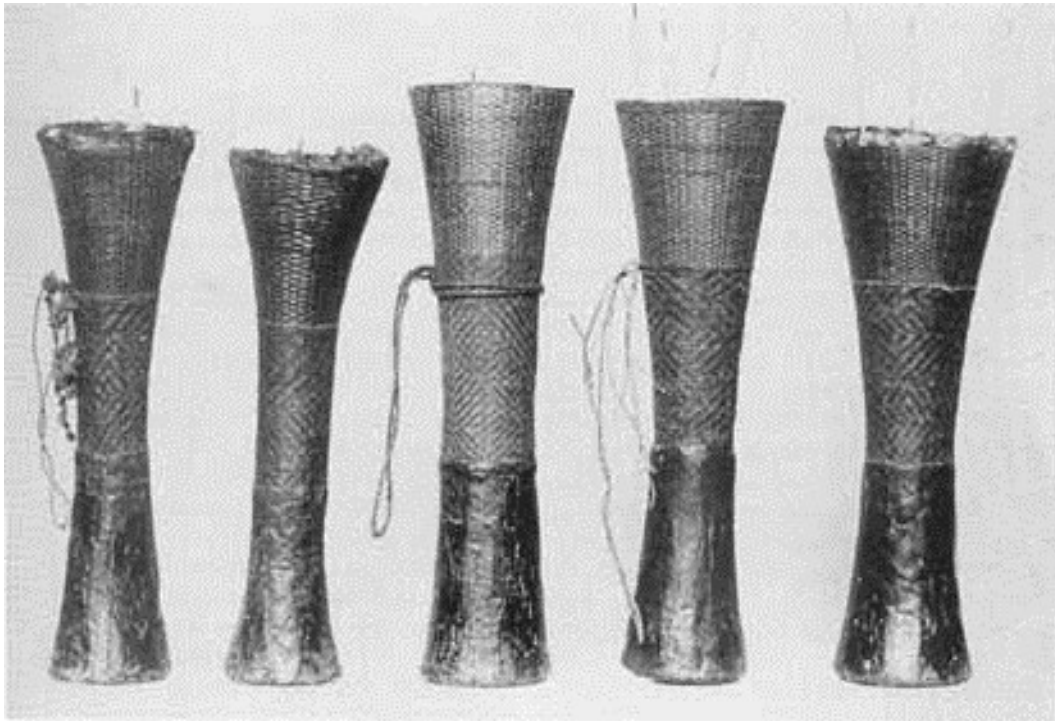
Sus amigos Sikuni le habían contado que “aquellas piedras inmensas que rodean el Orinoco y las bocas del Vichada eran resultado de las virutas desperdigadas cuando la gente bachaco había roído el árbol de Kalibirinae, el árbol de la comida.” El cerro Autana, el Sipapo, el Unianato, todos esos sitios tenían sus historias Sikuni.

“Durante horas la selva se había empinado hacia el cielo, del que sólo se percibían algunos jirones azules o blancos inmóviles por los entretejidos de ramas y hojas. Luego, de pronto, se abrió ante una gran piedra blanca y chata, agrietada en todos sentidos, como un ventisquero, por precipicios que era preciso saltar uno tras otro. Hacia el norte esta plataforma se detenía encima de un cañón sombrío del que subía el enorme trueno del río. Hacia el oeste la prolongaba un mamelón de doscientos metros, donde la selva empezaba de nuevo y que una delgada línea blanca, en la cima, separaba del cielo. Sobre toda la superficie del acantilado, animales, hombres y signos rojos cabalgaban en un palimpsesto de danzas inmóviles. Allí estaba.

¿ Cuánto tiempo hacía que las aves del cielo y las fieras de la selva eran los únicos que conocían ese gran libro de imágenes abierto en medio del silencio? Sin duda siglos y quizá milenios. Mirábamos uno tras otros todos esos dibujos de los cuales los unos brillaban de un color rojo tan vivo como si hubiesen sido trazados la víspera, mientras que otros, borrados en sus tres cuartas partes, no eran más que sombras de color de rosa que corrían por la piedra.

Quién? ¿ Cuándo? ¿ Cómo?. ...". Alain Gheerbrandt *La Expedición Orinoco - Amazonas (1948 - 1950)*.

Antonio era un experto en la navegación a vela y conocía cómo y dónde conseguir las maderas para hacer las canoas y canaletes. De su tío Horacio Joropa aprendió a hacer los cabos de vela, las botavaras, el tangón, la espadilla y- las palancas en maderas duras, de cedro o majagüillo. También sabía elaborar cuidadosamente los animales que ahora se vendían como artesanía; ya era como un poca difícil conseguir los palos de cedro, saquisaqui y el "palo de boya" para tallar dantas, lapas, arditas, lagartos, tigres, morrocoyes, osos, venados, canaletes y remos de juguete; tenían que ir cada vez más adentro de las matas de monte; en las escuelas le gustaba enseñar a los niños el arte de la manufactura de los animalitos.



Diversos estilos de los recipientes para llevar dardos envenenados para cerbatana.

Foto: Koch – Grünberg

Antonio nació en Paravare en las riberas del río Meta, por allá en los años de mil novecientos cuarenta y pico, antes de la "guerra", él se acordaba de Guadalupe Salcedo, de los hermanos Parra y del Bautista; escuchó las andanzas de Eduardo Franco y de la entrega de las armas en Paz de Ariporo; por ese tiempo pasaron un par de años en Venezuela huyendo de la violencia; entonces Antonio debería tener unos ocho años. Hijo de Rosa Catimay y de Ramón Joropa, de pequeñito comenzó a ir a la escuela y luego lo llevaron al internado de Orocué. Solamente en vacaciones podía ir a casa de sus padres; extrañaba todo lo de su aldea: las chagras, los conucos, el huerto de frutales del abuelo con mangos, limones, naranjas y lechosas; le gustaba sentarse junto al fogón de la cocina en un rancho separado de la casa, según costumbre que decían venía de la gente Atsáwa; añoraba las cacerías de candelillas y las linterneadas de caimán en la noche cuando se podían ver las estrellas fugaces.

Paravare había sido fundado por uno de sus abuelos -Juan Joropa- en los días del gobierno del viejo López, el muelón. Antonio aprendió las letras y siguió trabajando con el Vicariato como maestro en las escuelas Sáliba de Casanare; estuvo en El Consejo, en el mismo Orocué, en Guanapalo y en Paravare; su último puesto lo había tenido en Caño Mochuelo, en las escuelas de La Juliana y Cucurital. Hablaba con fluidez el Sáliba, el español; comprendía el Guahibo o Sikuani que llamaban ahora.



Lámina de la Comisión Corográfica sobre la Orinoquia.
Indígenas Guahibos en ini morichal. S.XIX

La mayor parte de sus parientes venían a Orocué al mercado dominical e iban a la iglesia de Orocué a los casorios y bautizos; trabajaban en conucos y chagras en cultivos de yuca dulce, yuca brava, plátano topocho y cambure, arroz, maíz y frutales; otros más tenían ganados, marranos y caballos.

Sus hermanas - Inés y Rosa - residentes en Cubarral, Caño Mochuelo, eran expertas alfareras; con la técnica tradicional de la abuela Jacinta Tapaje recogían la tierra de "loza" o tierra dura y la mezclaban con la ceniza de la concha de palo cagüí -canapé- para hacer las vasijas. De sus diestras manos salían hermosas y suaves pimpinas en forma de mujer, budares, ollas, tinajas, alcancías, muñecas, figuras de toninas, unas para el uso diario y la mayor parte de ellas para llevarlas a vender a Orocué o a Yopal.



Poblado indígena en el Andén Orinoqués.
Al pie hay una serranía de formación guayanesa.
Foto: Fernando Urbina

Su mujer Carmen. Chamarraví, Sáliba de la antigua “nación del Duya” había fallecido hacía varios años sus hijos, Jacinto y Manuel vivían aún en Paravare con sus mujeres e hijos; Umejé tenía ya cuatro nietos; vivía casi continuamente en Paravare cuando no trabajaba en las escuelas.

El encuentro de Ikotia y Antonio

José María o Ikotia, chamán, careca o piache de todas las tribus del Tomo y del Tuparro estaba en el mismo sitio en donde Antonio Umejé le había dejado hacía algunas lunas, en el muelle de Puerto Carreño, la ciudad del Orinoco y del Meta; él mismo creía que en ninguna parte del mundo se veía el cielo tan redondo y comado como allí. Se encontraron cuando el, uno, Antonio, esperaba una faléa que lo llevara a, Santa Rosalía y de allí a Orocué y José María se iba a visitar a sus-parientes en las aldeas del Bitá. Antonio y José María eran bien andariegos, como mucha de la gente indígeja y llanera que habita en las sabanas del oriente.

Incomprensiblemente todo el paisaje. quedó quieto, sin moverse como en una fotografía: al fondo, el Río, para Antonio el más inmenso y hermoso del mundo el Orinoco en su encuentro con el Meta el cielo azul torneado por las figuras caprichosas de las nubes con caras redondas como duendes. Antonio comenzó a imaginarse, como lo había hecho otras veces, de. quiénes podrían ser esas caras, los objetos personas o duendes que podían representar. ¿Acaso era el dueño de las dantas que ahora se tornaba esquivo pues esos animales ya no se veían? ¿o el dueño de los pescados a quien se pedía permiso antes de ir a la pesca? Así, se le pasó un rato.

Antonio había vivido los días anteriores en el río, en las aldeas Sikuaní a donde solamente .se llega por entre caños cubiertos de selva como la boca de un túnel, entrando por los caños. Buscando, buscando a canaleta había podido entrar al Bitá, hasta llegar a Guáripa, Caño de La Hormiga y

Caño Bachaco a visitar a viejos amigos; por allá vivía el viejo Tanilao Ponaré con quien conservaba una gran amistad.

Existe un paso con la triple incisión en forma de “V” que señala la entrada del paso secreto, con el Signo, en la entrada del Caño de la Guacharaca, situado a unas dos horas de navegación, más arriba del Vichada: conduce, bajo bóvedas de vegetación a una aldea de iridios Guahibo, que tiene su atracadero en una ensenada oculta. “Alejo Carpentier. Los Pasos Perdidos, 1987, p.415

Antonio conocía tanto esas sabanas, caños y ríos así como los del Casanare, porque había trabajado como profesor y luego como inspector de la Contratada. Eran exactamente las cinco de la tarde y allí, en el parque enmarcado por inmensas palmas y sombreados almendros y floramarillos, estaban la iglesia, el comando, la antigua comisaría, el banco, casi todas construcciones nuevas. Las calles, aún sin pavimentar, permanecían de color arena rojiza, como las había conocido de chiquito. De repente las gentes en motocicletas y a pie, los niños, los carros, los soldados, todos se quedaron quietos como estatuas, tal como lo habían hecho años atrás, al escuchar el himno. Dos veces al día se izaba jarriaba la bandera de la patria llevada hasta el patio de armas por un estafeta que portaba una caja de madera. Mientras tanto, la banda de la Armada interpretaba el himno nacional.

José María -Ikotia- ya no se ocupaba de trabajar como motorista en el Apostadero; hacía ya varios años había decidido volver a su “comunidad”, a Kiley, en el Aiwa Vichada a ocupar el cargo de capitán y piache ambos cargos al tiempo honor que no muchos habían podido alcanzar. Pero sus ocupaciones y el deseo de viajar lo llamaban a navegar por el Méta, el Guarrojo, el Vichada y el Orinoco; era su modo de vida. Sus manos encallecidas estaban ahora quietas, luego ya ocupadas en prender un cigarrillo, en apagar el fósforo, en cambiarse la cachucha de un lado para otro. No tenía ni un cabello blanco. “Los hombres chamanes no tienen canas” le había dicho a Antonio algún día y entonces él no logró comprenderlo.

José María conocía casi todos los meandros y remansos del Río y sus afluentes: el Meta, el Torno, el Tuparro, Ariporo, el Pauto, La Hermosa, el Vichada o Vitsaramene, el Uva, el Iteviare y el Siare con el Chupave y el Tiyabá; había subido por el Guaviare, pasando por Barranco Mina, Barranco Ceiba y Barranco Colorado, visitando a la gente Cunimía o Guayabero que venía paso a paso huyéndole a la colonización del piedemonte del Ariari. Había alcanzado a ascender, bien arriba, a las rocas del Guayabero y del Papamene, donde la niebla se juntaba con el frío de la montaña, ese Sitio lo llamaban “el otro mundo”. Había visitado las cabeceras del Atabapo y del Ventuari hasta adentro de Puerto Inírida en la Guainía con una cuadrilla para sacar el chiquichiqui. Conocía las sabanas del Vichada y del Tomo a la perfección.

Antonio y José María se sentaron a conversar de cara al río, saludándose como si se hubieran visto ayer, como solamente se saludan los viejos amigos; José María le ofreció la mano de una manera particular, haciendo un cuenco con la palma rozando la de Antonio casi imperceptiblemente. La gente Jiviya casi no se saludaba con el discurso y saludo ceremonial Atsáwa y Sikuaní que era lo “antiguo” sino con la mano, como el “racional”. El discurso se dejaba para recibir las visitas en las ceremonias de cosecha o de celebración.

Pero mientras tanto Antonio Umejé había visto otros ríos y lagos, el Cauca y el Magdalena, el Arauca, el Atrato y el Paría. ..y tantos otros; Antonio iba al mundo de los blancos y siempre volvía; se sentía más Sáliba que “blanco”. Con caminar pausado bajaron al puerto, que ahora estaba unos cuantos metros más abajo. Se dibujaban al oriente unas nubes negras, cargadas de tormentas como se ven en septiembre y que ya casi traían el estruendo del trueno; a Antonio, lastimosamente el río ya no le pareció tan inmenso; se sentaron a la orilla, encima de una canoa de madera de cedro volteada, calafateada con peramán, de textura tan suave.

En la playa permanecían las huellas del mercado matutino, hojas secas, frutas podridas, pedazos de cebollas y tomates. Los colores del cielo creo que no tienen nombre: era un azul intenso, otro azul más claro; más allá un rosicler, en el fondo, en los confines, un gris mojado con destellos naranjas.

Oteando el horizonte, Ikotia permaneció unos minutos en silencio. Luego, quitándose la cachucha y dándole vuelta en las manos me dijo:

“Oiga pariente , ¿qué le parece si va hasta Kiley en Aiwa Vichada y nos hace una visita? saque el tiempo y por allá los esperamos; para el tiempo de la tortuga en enero, pitsunijuaneto lo esperamos. Si llega a ir podemos ir a mariscar y de pronto hasta a pescar, ¿no le parece?”

Antonio se quedó pensativo y recordó la última vez que había visitado Kiléy; también había sido en verano, el viaje había sido con su mujer, la finadita Carmen y las petribas, organizaron baile de jalecumá, de cacho e ‘venado y carrizo, obviamente acompañado con yucuta y yare -sopa con ají y pescado; había mucha comida lapa y danta con ají. Todos estuvieron en la wakera, ceremonia del intercambio de comida de caza y pesca; como que las telarañas del tiempo le estaban nublando la mente y los ojos. Pero le dijo:

“Bueno pariente, por allá le llevo, tengo deseos de comprar unos perros y de negociar unas vacas, me dicen que por allá están como buenos esos animales... Juan Ponaré me prometió unos perros, allá le caigo, no sé cuándo pero allá llevo.” De costumbre estos dos personajes se llamaban parientes .

La visita en el verano pitsunijuaneto, tiempo de tortuga

Así fue como Antonio decidió ir a visitar a José María en Kiley, poblado en el resguardo Aiwa. Antonio como buen Sáliba quería ser más sedentario, quedarse un tiempo en Paravare o en Orocué; pero algo en su vida interna lo impulsaba a viajar, a no quedarse mucho tiempo en un sitio, y a “andar” como la gente Jamorúa (Amorúa) y Cuiva; ellos sí habían sido los nómades por excelencia. Salió temprano de Santa Rosalía en donde había logrado comprar “bastimento” para el viaje y un mercado de grano para el pariente; la falca lo llevó a él y a su hijo Ramón hasta el puerto de Remolino adonde esperaron a la tarde que llegaría un camión con destino a Santa Rita. No era fácil que allí llegara, pues los que viajaban a Santa Rita no acostumbraban a hacer el desvío para entrar a Remolino, Colgaron los chinchorros en la tienda de Marcolino, un colono tólimense conocido por ser más amigo de los indios. Al día siguiente pasó un camión que los podía llevar a Kiley; allí lo recibió con la hospitalidad de siempre José María, Ikotia.

José María lo invitó a su rancho, le asignó el rincón de las visitas donde Antonio guindó su chinchéro. Esperaron a la tarde para degustar un caldo de curito que habían preparado las nietas de José María. Antonio notó con interés que a la izquierda de la entrada del rancho, que ya no tenía tanta forma como la maloca tradicional con el techo hasta el piso, había una repisa con una montaña de papeles y unos libros. Con curiosidad preguntó a José María de dónde habían salido aquellos papeles, a lo que él le contestó: “Me los han traído los profesores, los bilingües de Santa Teresita que a veces vienen por acá”.

Todavía con mayor curiosidad Antonio preguntó a Ikotia si era cierta la belicosidad que se decía tenían los Guahiboso los Cuivas en el pasado. “Pues sí que éramos bravos”, respondió Ikotia, “pero también era como parte de leyenda, de fama de guerreros; pero los “blancos nos acostumbraron a flechar y nuestros abuelos respondieron flechando las falcas, reses, gentes, todo por igual así era de antiguo. Venían a robarnos las petribas, las pollas decían ellos y nosotros respondíamos con flechas con veneno. Nos corrieron de las sabanas y ya casito llegamos á

Venezuela; mejor dicho, con los asuntos recientes, ¿no sabe usted que ya varias familias Curripaco se han ido para Venezuela?

Pero los Guahibos de antaño también hacían intercambios, con o sin ceremonias, visitaban las aldeas Atsáwa -Achagüa- para canjearles flechas, achiote, pescado y carne de monte, a cambio de productos como casabe, mañoco, catibía y tubérculos. En esos mirray se encontraban además otros productos como perros de caza, de los Guayabero Cunimía, colláres de cuentas que traían los Piaroa o Pume de dónde los Ye'kuana Makiritare, arcos de madera, artículos de fibra, yopo, piedras para pulir ollas peramán, aceite de seje, palo brasil, onoto, pinturas y hamacas; recibían conchas marinas de bien lejos además de caraño y otopa preparado por los U'wa del Cocuy. El curare venía de abajode bien abajo del llano, en su encuentro con las selvas del Atábapo.

“Por eso se sabe que éstos llanos y selvas del Orinoco y sus gentes somos como hermanos con las gentes del Amazonas,, compartimos muchas cosas como las vasijas de barro, las variadas clases de yuca brava, la cesterías, todo lo que son cebucanes, balayes, mapires, catumares; ellos también tienen flautas de pan o carrizos, ají, caapi, yopo, curare y maracas”.

“Yo he conocido casi todas esas momowi o gentes, los Yaruro o Pume como emparentados por la lengua con los Piaroa, los Amorúa o Jamorúa caminantes y navegantes que ahora viven muy juntos con los Sikuaní. Ahora viven por grupitos los Wipiwe, Siripu y Mariposo en Caño Mochuelo; después de ocupar las vastas llanuras allí han quedado unos pocos. Hasta a los Cuiva los han arrinconado en el Aguaclara.”

Ikotia señaló con ese comentario la sabiduría que poseía sobre los indígenas del llano, del piedemonte y de la selva y continuando la conversa le dice a Umejé: “¿No ve pariente como los Atsáwa y ustedes los Sáliba han sido los que más se han tratado con los blancos? ¿Por qué?, porque tienen algo así como un alma de comerciantes, de tratar más con objetos y con gentes. Eso del comercio como que hasta ahora lo estamos aprendiendo nosotros los Sikuaní.....estamos aprendiendo de las vacas y del arroz, ahí poco a poco pero estamos aprendiendo.



Los Curripaco y los Puinave del Inírida son muy hábiles en la elaboración de canastos. Es un trabajo básicamente femenino pero los hombres también saben hacerlos. Foto: Fernando Urbina



El casabe o torta de yuca brava constituye el “pan” orinoquense y amazónico. Acompaña casi todas las comidas. Foto: Fernando Urbina

“Antes mucho antes del mundo los Jivi eramos todos animales, de allí viene la gente tigre y la gente guacamaya que son del alto Vichada, la gente del mico, del bajo Vichada, pero también la gente sardinita, caimán, danta, perro de agua y otras. Esas gentes, esos momowi o grupos de gentes se distinguían por pertenecer a cierto río, al Ariporo, al Tuparro o cualquier otro; se diferenciaban además por su hablar más rápido o lento el mismo idioma; unos eran más altos y robustos, otros más bajitos y regordetes, a veces se los comparaba con el mismo animal al cual pertenecían. Esos grupos han cambiado; se han acabado unos y otros se están rehaciendo”.

“Nuestra vida de todos los días está marcada por las cosas que nos rodean, la maloca, los instrumentos de cacería y pesca, los canastos para el trabajo de la yuca; en los cebucanes y sopladores se distingue la pinta del curito; la piel del güío y de la rana aparece en las guapas y balayes que tejemos; así que nuestra historia está ahí. En canastos como en los libros de los blancos- nosotros leemos las historias en el tejido de las fibras de juajuá; en los cielos estrellados está la historia de la familia Tsamani-Iwinai o las Pléyades -Kajuyali es la constelación de Orión. Cada recodo del río o en las grandes piedras del Orinoco; cada raudal tiene su relato”.

“A tres o cinco kilómetros de Encaramanada (cerca a las bocas del Manapire) se levantaba, en medio de la sabana, una peña llamada Tepuremene la Roca Pintada. Muestra dibujos de animales

y signos simbólicos. Las representaciones que hemos encontrado en rocas de lugares ya deshabitados son Estrellas, Soles, Jaguares, Cocodrilos. No me parecieron objetos de culto religioso". Alejandro von Humboldt. Viaje a las regiones equinociales (1859)

Antonio lo escuchaba en silencio y pensó por qué su pueblo Sáliba ya casi no recordaba historias como esas, lo que contaban los ancianos eran historias de la Virgen y de la iglesia... esa memoria ya no existía, seguro que los Sáliba sí tenían algún otro relato además del de Puru.

Con las sombras de la noche acordaron salir temprano a pescar en las lagunas para poder preparar un buen guiso con casabe.



El "zarzo". parte alta de la vivienda en áreas inundables:
Allí se vive durante el invierno.
Foto - Fernando Urbina

Al día siguiente, caída la tarde, después de haber repartido los valentones producto de la pesca, Antonio y José María se sentaron en la puerta de la casa, junto a un árbol de yopo; para ellos dos era muy importante conversar, escucharse entre sí, aunque a veces, José María era el que más hablaba. Ocasionalmente, escuchaban el silencio en la oscuridad de la noche. Al oriente se veían las Pléyades -Iwinai-, los miembros inteérantes de la familia Tsamani que viajó al cielo para convertirse en estrellas.

“Los Sikuaní hemos aprendido mucho con el tiempo -dijo Ikotia- “usamos la sabana y los bosques, según si llueve o es verano; aquí hay un tiempo y una época para cada cosa; el río, el monte, el morichal, los animales, todo es un cuerpo que debe ser cuidado y respetado. Aquí todo tratamos de compartirlo con el vecino o el pariente; un favor no se le niega a nadie, la comida que se consigue se reparte y el que no lo haga, recibe, una sanción del grupo”.

La mariscada es la forma para obtener carne, y claro, de paso podemos ir a mariscar mañana o el día después, ¿no le parece?, los Sikuaní del “llano adentro”, esto es del Vichada, salen a mariscar

en verano y en partes donde aún se consiguen algunas especies; les acompañan los hombres adultos y los niños desde pequeños.”

Allí terció Antonio “atravesándole el macho”; quería explorar el conocimiento de José María acerca de un tema del cual era difícil que él hablara: “¿Y cómo así que los Sikuni son supersticiosos? ¿creen en muchos agüeros, en maras y duendes, en maleficios y augurios, cómo es eso?”.

José María entendió para dónde iba el Umejé encendieido un pielroja, con escupitajo al piso de tierra le dijo:

“Vea pariente, todo lo que nos rodea, las plantas, la yuca, los animales y hombres todos somos por igual seres vivos, como personas; pero hay espíritus vengativos que andan haciendo el mal que a cualquiera lo puede afectar en un momento u otro; así que le puede dar reumatis por un maleficio; si un piache le manda el maleficio y usted no tiene las hierbas maras, la protección, entonces se puede morir. Pór eso los piaches hemos sido perseguidos desde siempre y se han atacado nuestras creencias. Hay enfermedades producidas por brujería o maleficios que sólo reconocen y curan los médicos indígenas...” .

“El maneni o Tsawikuli es un maleficio mal hecho, o brujería; a ella obedecen las enfermedades que no conocemos o a las que no se le encuentran una clara explicación, como el cáncer y la lepra. Vea pues que los Maciguare por ejemplo, pensaron que fue por la “brujería” de los Wipiwi y Amorúa unos casos de sabañones y una muerte misteriosa ocurrida dentro de la comunidad hace algunos años.”

“Nosotros como piaches vemos el presente y el futuro en los sueños, en las visiones con yopo, y para las curaciones tenemos un poder que nos da la sabiduría y el aprendizaje además de la protección del dueño de cada objeto curativo; entre poderes amigos- y enemigos podemos curar con el soplo acompañado de cánticos, invocaciones, bailes, pases, succiones, rezos y bebedizos.”

“Frío del hacha,
frío de las gotas de agua,
que se produzca mejoría:
Sal dolor, no molestes más.
Pecesito mueve la boca.
Pecesito, canto para que salgas...”

Esa noche, Antonio y José estuvieron fuera del rancho hasta que Venus se apareció por el oriente. A la semana siguiente tuvo lugar una ceremonia del rezo del pescado pues Lucía, nieta de Ikotia, había llegado a la edad de muchacha. Una gran fiesta congregó a la parentela para la noche del rezo del pescado.

Finalizando esa luna, Antonio Umejé se fue abajo, hasta la casa de Juan Ponaré, en Buenavista, caiño Mataregia, en el Bajo Vichada. Allí llegó a negociar sus perros, trata que le tomó algunos días más. Después, con perros y dos vacas paridas Umejé volvió a Kiley antes de emprender el viaje de regreso a Santa Rosalía.

Derebü, el hombre tigre

Habían pasado como dos lunas, llegaba a su fin el tiempo de la tortuga y Antonio no se decidía a marcharse. Sabía que tenía que volver a Orocué, tal vez a buscar un trabajo en la Alcaldía, o posiblemente con el FER; le había prometido al doctor Sarmiento del FER de Yopal que volvería para las clases de febrero, pero no acababa de decidirse; mientras tanto, las clases ya habían empezado. Allí, en las sabanas del Vichada la “vida era tan sabrosa...!”. Disfrutaba de la amistad

cálida de su “pariente” José María y hasta había pensado en llevar al chinchorro de cumare a Weninae, Julia, la petriba sobrina de José María.

Un atardecer con el sol de fuego ocultándose en la cercana mata de monte, José María inició una de sus acostumbradas conversas, que a veces, terminaban cuando los luceros ya aparecían por el occidente.

“¿ Se acuerda de la historia que le conté en la Guainía?” le dijo José María a Antonio.”Quiero que escriba esa historia, que la escriba para mí y para mis nietos que van a la escuela de Santa Teresita del Tuparro, ellos ya saben leer y la quieren escribir en lengua; ahora hay unos profesores que les enseñan a escribir en Sikuani; por eso quiero volver a contársela hoy.”

Antonio lo miró a los ojos, pequeños, achinados y de color indefinido; observó con detalle los profundos surcos de su faz; analizó su edad indefinida y el color de su tez; dirigió la vista a la inmensidad del cielo y a los rayos del sol que rielaban en el agua del porrongo cercano.

Antonio soñaba despierto, eso le sucedía desde pequeño y no lo podía evitar; en cualquier instante, debido entre otros al color del cielo, a una melodía de tambor o de flauta tsitsito, o acaso al rítmico botuto, al aroma de las flores, del mastranto o de la guaratara, todo eso lo transportaba lejos, a evocar épocas pasadas, entonces así viajaba en el espacio y en el tiempo; en ese momento algo así le sucedió y recordó aquel día en que había visto a las toninas cerca de las Bocas de La Hermosa, en la caída al Meta. Sintiendo una emoción que jamás olvidó y que le daba gusto recordar, Antonio corría por la playa de la orilla del río, con una tropilla de chiquillos detrás de él, gritando al unísono: “...las toninas...las toninas...las toninas!...”. Eran como cuatro!! En una fotografía que tiene ya muchos años apenas se notan cuatro manchitas muy pequeñas; Antonio sabe que son las toninas y bufeos, aquellas dos mujeres que de tanto bañarse en el río se convirtieron para siempre en toninas!.

“Kasibali , punto cierto,
fantástico, lejano.
Hoy, ayer, un día
sueño con el mar, la tarde que se pierde
entre la lluvia de octubre, un mes desmoronado..”.

Volviendo en sí, regresando de su divagación , pues Antonio era poeta, trató de responder la pregunta de José María y haciendo memoria le inquirió: “¿Pero cuál historia? ¿Cuál de todas Sus Historias? ¿La de cuando los ríos de estas sabanas y selvas corrían de abajo hacia arriba, hacia las montañas? “.

Antonio pensó ojalá sea esa Historia, la de antes del gran cataclismo, de la inundación, cuando las aguas de los ríos del Llano y de la selva corrían de abájo para arriba, mucho antes del árbol de la comida Kalivirinae, de Kutsi kutsi la ardilla, de danta y la gente bachaco..cómo quisiera escuchársela hoy!!

“Con frecuencia las figuras jeroglíficas han sido talladas a mucha altura en Las paredes de la Roca Pintada, en sitios a donde sólo podría lle garse con andamios. Si se pregunta a los indígenas cómo fue posible tallar aquellas imágenes, responderán sonriendo, como si dijese algo que sólo un blanco puede ignorar, que cuando la Gran Crecida, sus abuelos llegaron hasta aquellas alturas en la Piragua...” Alejandro von Humboldt. Viaje a las regiones equinocciales. (1859).

“Hay mañanas en que quisiera ser naturalista, geólogo, etnógrafo, botánico, historiador, para comprenderlo todo, anotarlo todo. Una tarde descubrí con asombro que los indios de aquí conservan el recuerdo de una epopeya que Fray Pedro está reconstruyendo a fragmentos. Es la historia de una migración caribe, en marcha hacia el norte, que lo arrasa todo a su paso y jalona de prodigios su marcha victoriosa.”

“Se habla de montañas levantadas por la mano de héroes portentosos, de ríos desviados de su curso, de combates singulares en que intervinieron los astros. Las noches en que se emborracha ritualmente con un polvo sorbido por huesos de pájaros, el Capitán de los Indios se hace bardo y de su boca recoge el misionero jirones del cantar de gesta, de la saga, del poema épico, que vive oscuramente -anterior a su expresión escrita- en la memoria de los Notables de la Selva.” Alejo Carpentier. Los pasos perdidos (1987).

José María seriamente le dijo:

“No, esa no. Quiero es contarle la historia de Derebū el hombre tigre, el que nunca murió.”

“¿Derebū?!...?...” Antonio cerró los ojos, con mucho esfuerzo buscó en el libro de las memorias y llegó a su mente la imagen de una noche de inmensa oscuridad y estrellas, alrededor de una colean en el internado de Puerto Inírida, la luna se reflejaba en el río...

Allí estuvieron escuchando esa historia, pero, ¿incompleta? Antonio, con su memoria de Sáliba conocedor del mundo indígena y del mundo “del racional”, buscó inútilmente en los recodos de su cabeza y no pudo encontrar su final; algo estaba fallando en su cerebro; debería buscar al brujo de Wualabó a ver qué le decía, o, tal vez, podría formular su inquietud al mismo Ikotia, pero lo dudaba pues podría pensar que le iba a dar la locura y le-tendrían que cantar:

“Deja que vaya esa mariposa.
Canto para que sueltes todo lo malo,
todo lo malo que tienes en el cuerpo... vete mareo.
Danta: te estoy sobando con la mano
esta cabeza loca, esta cabeza mareada...
te quito el sueño, te quito el mareo...
Mawine - xeno (árbol) que invoco para curar
aleteo del pavo real...
Pensamiento de tu corazón, espinas de la sensitiva,
crezcan rápido; aleteo de las aves que empiezan a volar..
te quito la locura y quedará solo el sueño...”.

Antonio le tenía miedo al mal de la cabeza, mal que le había dado también a su tío y a su abuelo. Esa noche los acompañaba Falla no recordó su primer nombre, ¿acaso Octavio? el experto cauchero del río Algodón luciendo una larga melena, blanquísima y lisa. Había más personas: un enfermero Piapoco, que le salvó a la hora de la siesta en el puesto de salud el día anterior de una mordedura de culebra verde esmeralda: el siseo de la culebra sobre la madera lo despertó y ante su llamado que a pesar de la desesperación y del susto no supo cómo pudo ser sereno, el piapoco - abrió la puerta para darle muerte con un machete... ¡La volvió un tasajo! .

Estaban allí -escuchando esa historia- un teniente de la Armada, comandante de un ARC, de lo que después fue la Fuerza Naval de Oriente, con sede en Puerto Carreño, un supervisor de la Contratada, otras dos o tres personas del Ministerio que estaban identificando los hitos de las fronteras con Venezuela y Brasil localizados en medio de las selvas; decían que venían del río Xié y de San Carlos del Río Negro, en el Cocui.

Antonio no logró identificar sus nombres ni las caras de otras personas. Los rostros estaban cubiertos por las sombras del tiempo... como telarañas; eso le estaba sucediendo últimamente con inusitada frecuencia.

“Derebū era el piache de los piaches... el curaca mayor comenzó José María poseía las sabidurías y conocimientos de la tierra y del cielo, del fuego y del agua. Desde niño recibió de sus abuelos y tíos, de Wanaka y Maulesi, los más profundos pensamientos, relatos y palabras de la piedra acera,

cayácl la piedra del fuego que traían del septentrión, de adentro de otras selvas. Le enseñaron acerca de las plantas y sus dueños, del yopo, el caapi, la coca, el curare, la xuipa, el barbasco y el tabaco. Conocía las fibras de las palmas -cumare, seje, moriche, choapo, pipire, cubarro y otras- además, sabía para qué servían sus frutos y sus lianas; en su largo entrenamiento de años aprendió cómo hablar con los dueños del bosque y de los animales para pèdirles los permisos necesarios.



**Elaboración de la torta de casabe sobre el budare o asador.
Las mujeres Puinave realizan esta labor diariamente,
Foto: Fernando Urbina**

En su memoria guardó los cantos y relatos sobre el origen de la gente tigre, de la gente danta, de la gente araguato y de sus mundos. Se ejercité en sanar y curar con soplos, maracas, hierbas, frutos y raíces.

Pero un día, por el gran Río -el Meta conocido antes como Metha- vinieron subiendo unas canoas inmensas -como malocas flotantes- con hombres brillantes; traían animales grandes más altos que las dantas para en ellos cabalgar. Eran cuatro curiaras inmensas; después supo que los llamaban bergantines. Cerca del Siare, sitio en el Orinoco, visitaron la maloca de Derebù mientras las mujeres y los niños estaban en las chagras y los demás hombres habían ido de cacería. Cuando ellos regresaron -uno a uno- los fueron aprehendiendo. Los extraños traían hachas de metal y tubos de fuego. Cuando se hicieron presentes los viejos piaches sabios, a el-los también los apresaron.

Con ellos venía un hombre danta nativo del Alimena, llamado Francisco, él ya no era de la gente tigre; había cambiado su lengua, su gente, hasta su vestido. Entonces se dirigió a Derebù para invitarlo a un viaje por el río arriba, quería ir hasta encontrar Manoa, la ciudad del oro. Derebù hizo creer que él no sabía nada de eso, que no conocía el asunto, pero él comprendía perfectamente que por allí arriba, por el río Catnimani y la Sierra Cupuira en el Alto Oninoko se llegaba al río Branco y luego al encuentro con el “otro gran río”, el Amazonas, el río de muchas leguas que salía a encontrarse con el mar, con el agua grande.

Eso lo conocía por la vida de la gente Kawini y los relatos del Kuwai; ellos eran los guardianes del gran bosque que albergaba los remansos y meandros de esos ríos; ese espacio representaba el corazón recóndito del mundo, pero allí no podía entrar nadie sin ayuno, sin rezo y sin permiso anticipado de los dueños de los animales.

Derebū -cuyo verdadero nombre era Jowai- no estaba interesado en viajar, ya había explorado suficiente. Conocía mentalmente lo que había más allá del Río, de las sabanas y de las selvas. Había visto con los ojos del espíritu -en sus viajes astrales cuando sorbía yopo- lo que existía debajo de la tierra, en el mundo acuático de Bakatsólowa y arriba, arriba, en los cuatro cielos de los cuatro colores y en el pueblo de Tsamani, las estrellas que habitaban el cielo. No hubo excusa posible; se lo llevaron al día siguiente en una canoa maloca que le pareció inmensa. Tuvo que dejar a su mujer, Ainawi y a sus dos hijos pequeñitos, Dali y Lipai.”

José María se detuvo en este punto -y repitió-: “Eso fue hace mucho, muchísimo tiempo. El jefe de los hombres brillantes de las malocas viajantes por el río se llamaba Alonso de Herrera y venía del otro lado del Orinoko. Su viaje se debía a la búsqueda del oro, de la ciudad de Manoa y el árbol de la canela, eso era lo único que querían. Lo buscaban con ansiedad por el Perú, por los Quixos, por el Orinoko, por el Metha, por todas partes del continente ”.

Los extraños deseaban de Derebū su ayuda para encontrar las aldeas de oro y los árboles de las especias. Así fue como estuvo con ellos casi diez lunas; comenzando en la luna de la tortuga charapa hasta la luna parida, cuando la luna aparece con una estrella junto, con un hijo llamado Pomona.

Los soldados se fueron cansando de ir para un lado y otro; subieron los raudales de Carichana y abandonaron las canoas gigantes en los raudales de Atures y Maipures; siguieron en otras canoas de Guaypunabis y a pie. Pero además, se dieron cuenta que Derebū o no sabía o túo quería llevarlos hasta donde estaba el Metha, el oro; por más búsquedas no lograron encontrar el árbol de la canela. Escapando de bravos indios que les flechaban al paso, sufrían hambres -janipa-, faltaba la comida, sentían fríos en las madrugadas; los caballos se habían muerto y formaron parte de la dieta; estaban fatigados.

“Desde La confluencia del río Paruasi, el Orinoco está lleno de rocas y arrecifes de granitó por lo cual se forman allí los rápidos o pequeñas cataratas, que a primera vista pueden inquietar al viajero por sus muchos remolinos... En el sector de su curso orientado de sur a norte se extiende sobre el Orinoco una cadena de montañas graníticas. Frenando dos veces en su carrera, rompe furioso a través de las rocas que forman gradas y diques transversales..., nada hay tan grandioso como este paisaje. Situado de modo que se domine con la mirada la interrumpida serie de cataratas, la enorme superficie de espumas y vapores iluminados por los rayos del sol poniente, parece como si se viera todo el río colgando sobre su lecho... Las dos grandes cataratas del Orinoco se originan al quebrar el río las Montañas del Parima.

Los indígenas las llaman Mapara y Quitunam, nombres que sustituyeron los misioneros por los de Atures y Maypures, apelativos de las tribus que han reunido en dos pueblos más cercanos a dichas cataratas...” Alejandro von Humboldt/ Viaje a las regiones equinocciales (1846).

Decidieron volver a bajar el Orinoco y entre uno de aquellos caños, tal vez entrando por el Vichada cerca de Aiwa, lo que hoy es Santa Rita, o por el Tuparro Arita, pensando que regresarían al gran. río los cogió un verano y el galeón o bergantín, como llamaban a la maloca navegante, se quedó atascado entre el monichal. Inútilmente trataron de sacarlo y prefirieron abandonarlo y buscar el noroniente por medio de los caminos de la sabana.

Una mañana, un lugarteniente de, Herrera, el más descontento de todos con la situación, aprovechando la ausencia del capitán mayor y cansado con la indiferencia de Derebū le colocó una soga al cuello con una piedra bien atada con sogas de canangucho. El capitán ordenó tirarlo al río, al Orinoco; pocos hombres lo acompañaban pues los demás se habían salido a buscar maderas y çacería; con la soga atada al cuello Jowai se hundió en el aguabájo el peso de la piedra. Ni siquiera Francisco Alimena movió un dedo para evitar la tragedia.

Jowai bebió el líquido cristalino del gran Río éste, por ser de fondo de piedra no tenía arenado y conversé con las toninas, con los bufeos; caracoles, con el dorado y el valentón. Alcanzó a recibir un destello fulminante, rojo, como un foganazo de pólvora...

En esos instantes entendió que su espíritu abandonaría para siempre la faz de la tierra y que iría a otra parte a juntarse con sus ancestros. Sintió que no podría volver a conversar con el dueño de la danta, del pecarí y que jamás se volvería a convertir en hombre tigre. Ya no podría ver jamás al caimán negro del Lipa. Pero no, Jowai quería vivir, deseaba volver a ver a Ainawi y a los niños construyendo pequeños arcos y flechas para jugar. Deseaba volver a ver las palmas de seje floreciendo y su chagra con copas de oro y diversas matas de yuca nobawa, dalikai y otras; quería navegar por el Tomo y el Duya, bajo el sol inmenso y sentir la brisa fresca en el rostro. Quería, quería ir a la fiesta del Jalecumá, deseaba, anhelaba tantas cosas... como buscar huevos de tortuga terecay en la playa venanera...!



Banquitos rituales utilizados por indígenas Puinaves.
Foto: Fernando Urbina

Nadando hasta el cansancio, haciendo figuras como los bufeos, Jowai alcanzó una orilla, luchando por librarse de la soga con las piedras. Agotado, pudo llegar -de noche- a la Isla de Atures; sobre las piedras le pareció ver o soñar a lo lejos la silueta del Ujiiاناتo de donde salieron las gentes del interior de la tierra al comienzo del mundo.

Y allí, desde ese instante, vivió para toda la eternidad, ¡para siempre! Se Convirtió en aitawa, en eterno. Jowai vivió para hacer y enseñar otras cosas; permaneció para hacerle el bien, cuidar y curar á las gentes de los llanos de la sabana, del río y del bosque. Conocía los remedios de las plantas y hojas, como el koduiro o guayabo de monte para cicatrizar las heridas, o el aniroai, gualanday, para curar las afecciones de la piel. Vivió con la gente danta, con la gente tortuga, con la gente tigre. Inútilmente buscó a Ainawi, a los niños y a su tribu pero no los encontró; le dijeron que se habían ido a Caicara con la gente danta, escapando de Herrera y sus soldados.

Cuando iba al morichal se quedaba vagando por semanas o acaso meses; allí vivía su transformación, se convertía en hombre tigre; aprendió jodas las lenguas de la sabana y de la selva, el sikuaní, el piapoco, el atsáwa, el piaroa, el makiritare, el cuiva; aprendió estas lenguas, las de los hombres y las de los animales mientras recogía en su mochila raíces, hojas, piedras, semillas, ojos de venado y cuarzos.

Tiempo después se topó con otros hombres brillantes y subiendo el Orinoco buscaron las fuentes del Guaviare y del Atabapo y fueron más al sur tratando de hallar el tesoro de Yaguarcocha, el Inca. Pero todo fue en vano e inútil; Jowai volvió para buscar mujer en el clan de la garza y tuvo otros hijos, nietos y bisnietos.

Regresó a su tierra cerca del Gran Río y fue chamán, cazador, pescador, caminante del bosque y recogedor de hierbas y raíces, recolector de chiquichiqui, siringuero y canoero.

Estuvo en Carreño, cuando la violencia y para la época del problema con el médico Bayer, se unió a sus cuadrillas durante un tiempo. Después, andando, estuvo empleado de motorista en el Apostadero... y quiso volver a su gente, a Kiley Aiwa donde se quedó con su mujer y sus hijos...".

José María sonrió., y no dijo una palabra más.

Antonio Umejé lo miró aterrado y pasmado, su confusión no tenía límites, no lo podía creer, se le caía la comba del mundo encima! En su medio siglo de vida Sáliba y occidental jamás había escuchado o leído algo similar.

"Entonces... hace tiempo le conocí y aquí está, mirando al porrongo, conversando conmigo", pensó Antonio... José María es Derebū, es Jowai, es Ikotia... es... es... ¡el hombre tigre!!

José María Ikotia, el de los múltiples nombres y vidas, sonrió con picardía; mientras Antonio, riendo y llorando al tiempo no sabía qué decirle. Con su rostro hacia el río, Ikotia recibía el reflejo rojizo del sol y un atardecer como sólo se ve allí les acompañaba con su último rayito de sol rielando sobre las aguas. Ikotia, con la nobleza de siempre, dando un par de suaves palmadas en el hombro de Antonio le dijo:

"Ya sabe cómo es..

Antonio recordó que el color de los cielos al atardecer se debía, según los Sikuaní, a la silueta de la ardilla Materri cuando fue lanzada al cielo al tratar de tumbar el árbol de la comida, el Kaliavirinae.

Ahora, han pasado varias lunas y José María acaba de terminar de leer detenidamente "Su Historia". La historia de Ikotia, de Dowebū, de Jowai, el hombre tigre, el hombre aitawa, el ser eterno.

GLOSARIO

balay o guapa: canasto plano -de 20 a 80 cm - adonde se sacan las tortas de casabe una vez se han cocinado en el fogón. Elaboradas con fibra de juajuá, de diferentes colores: café, rojo y negro; tienen distintos diseños como aquellos de las pieles de güío, pescado curito, las estrellas, etc.

barbasco: bejuco silvestre y cultivado en los conucos utilizado para pescar. Se machaca el bejuco muy bien y las fibras se botan al agua de tal manera que sueltan una sustancia que adormece a los peces y permite su captura.

budare: plato de cerámica utilizado para tostar las tortas de casabe.

cagüí: árbol de cuya corteza se extrae ceniza para mezclar en el barro para elaboración de la cerámica Sáliba. Conocido como kawinae o canapé. (Mayna pacif).

canangucho: tipo de palma cuyas hojas se utilizan para techar casas, hacer canastos y sogas.

casabe: torta elaborada con harina de yuca brava previamente cernida.

catibía: forma de preparación de la harina de yuca brava, empacada en hojas de plátano o canangucho, especial para viajar.

catumare: canasto abierto en la parte superior, tejido en palma de cumare o fibra de mimbe o mamure. Sirve para cargar la yuca, las pepas o frutos del conuco y del monte.

cebucán: especie de tubo hueco hecho de fibra de juajuá. Según la historia Sikuni Masuldani lo hizo imitando la boa constrictor; su tejido imita la piel de este animal. También se dice que su tejido representa el camino Diosnamuto que atraviesa los llanos de occidente a oriente sin cruzar ningún río.

chagra: conuco, sementera, sembradío. Chacra.

chamán: payé, piache, careca, brujo, hechicero, adivino, curandero indígena.

chiquichiqui: fibra utilizada en la elaboración de escobas.

coca: arbusto de unos tres metros de alto cuyas hojas mascan los indios mezcladas con polvo de caracol o cenizas. Produce fuerzas para trabajar y evita el hambre.

conuco: sementera, sembradío, chagra.

cumare: palma. De las hojas se extraen fibras utilizadas para tejer mochilas y hamacas.

curare: sustancia resinosa y venenosa proveniente de la corteza del árbol de merecure, utilizada para emponzoñar flechas y lanzas. Contiene estricnina.

curiara: embarcación y medio de transporte por excelencia de los indígenas del Llano. Se construye del tronco ahuecado de un árbol, de una sola pieza.

falca: borigo, embarcación construida de varias piezas, calafateada, tradicionalmente con techos de palma.

maloca: habitación típica de las tribus amazónicas, de gran tamaño y con una importancia social, religiosa y ritual. La maloca tradicional podría albergar hasta doscientas personas.

matas: hierbas o piedras utilizadas como protección para los maleficios.

matas de monte: "asociaciones vegetales que se presentan dispersas en la sabana y dan lugar a la toponimia local como medio de orientación. Algunas tienen palmera Mautitta, chaparros, moriches Humboldt, A. Viaje a las regiones equinocciales. 1846, pg. 125).

peramán: resma elaborada con caucho utilizada para calafatear embarcaciones.

siringuero, siringa: persona que trabaja en la extracción del caucho hevea.

wakera: ceremonia del intercambio y repartición de comida y de los productos de caza y pesca.

yagé: bebida alucinógena utilizada por chamanes y curacas indígenas como parte de los rituales. Se prepara de un bejuco de su mismo nombre.

yare: jugo resultante de exprimir la yuca brava, cocinada. Se consume como sopa con ají, acompañado de carne o pescado.

yopo: alucinógeno con poder adivinatorio y mágico ampliamente utilizado por las tribus del Llano. Extraído del árbol de su mismo nombre (*Anadenanthera peregrina*) en Sikuni se llama dopanae. Dopabene: polvo de yopo. Se inhala por la nariz con un instrumento denominado tsiripu que consta de dos cañones de plumas de garza o de huesos delgados que se sujetan formando una Y, en cuyos extremos se adhieren dos pepas pequeñas de cumare que se acomodan en las fosas nasales.

yuca brava: alimento esencial de las tribus orinoquenses y amazónicas. Se conocen variadas clases con características especiales cada una; antiguamente también eran gente y hablaban. Se encuentran la yuca caimán, la yuca guabina, la yuca coporo, la yuca bocachico, la yuca pavón.

BIBLIOGRAFÍA

Almeida, Alfredo. Jivikobee Kanali. Cerámica Jivi. Editorial Iinta, Papel y Vida, Puerto Ayacucho. Venezuela, 1989.

Arango Raúl y E. Sánchez. Los pueblos indígenas de Colombia: población y territorio. Departamento Nacional de Planeación, Bogotá, 1989.

Benaissa Taik. Vocabulario Sáliba Español y Español Sáliba. Instituto Lingüístico de Verano. Lomalinda, Meta, 1991.

Blanco, Luis. Cal jebirni- nae Cudeido. Literatura Jivi (Guahiba). Gráficas Roche. Caracas, Venezuela, 1985.

Fajardo, Darío.- Orinoquia: colonización, frontera y estructuración territorial m.s. Santafé de Bogotá, 1997.

Guhl, Ernesto. Escritos Geográficos. Las fronteras políticas y los límites naturales. Fondo FEN Colombia. Bogotá, 1991,

Matiño, Juan Bautista, Rosalba Jiménez y Tania Roelens. El canto de los peces. Litografía Arco. Bogotá, 1994.

Mejía Gutiérrez, Mario. "Orinoquia Colombiana: clima y uso de la tierra: énfasis en las sabanas de la altillanura". En: Modalidades de Producción en la Orinoquia Colombiana: secuencia histórica, Bogotá, Colciencias. 1989.

Queixalos, Francisco. Diccionario Sikuni Español. Lingüística Aborigen de Colombia CCELA. Universidad de los Andes. Bogotá, 1988.

Queixalos Francisco. Entre cantos y llantos. Tradición oral Sikuni. Etnollano. Bogotá, 1991.

Reichel Dolmatoff, Gerardo. "Las zonas culturales de Colombia y sus elementos constitutivos". Boletín de Arqueología Vol, II No. Bogotá, 1946. Pg.3-17.

Romero, María Eugenia (Compilador y coautor).. "Café, Caballo y Hamaca". En: Memorias del Simposio sobre desarrollos recientes en la historia de los Llanos Colombo-Venezolanos. Nueva Orleans. Julio de 1991. Coedición Abya Yala - Orinoquia Siglo XXI. Colección Quinto Centenario vol 47. Quito. Enero de 1992.

Romero María Eugenia, Luz Marina Castro, Amparo Muriel, Esperanza Aguablanca., Grupos étnicos de la Oninoquia Colombiana.

Colección "Geografía Humana de Colombia". Instituto de Cultura Hispánica. Santa fe de Bogotá. Tomo III Volumen 1 y4. 1993.

Romero María Eugenia y Claudia Romero. Desde el Orinoco hacia el Siglo XXI el hombre, la fauna y su medio. II Concurso Nacional de &ología, 1986, Fúndo FEN Colombia. Bogotá, 1989.

Zucchi, Alberta. "Algunas hipótesis sobre la población aborigen de los Llanos Occidentales de Venezuela". Acta Científica Venezolana, 19, pp. 135- 139, 1968.